

vuestra manera de pensar, voy equivocado; pero ¿dónde está mi impostura? Razonar y equivocarse ¿es embaucar?... Un impostor es un bribon que quiere imponerse á los demas en provecho propio; y ¿dónde está mi ganancia en este asunto? Los impostores son, segun Ulpiano, los que hacen prestigios, imprecaciones, exorcismos, y seguramente yo no he hecho nada de esto.» El arzobispo de París debia conocer gentes para quienes contituyen oficio estas habilidades de feria: debia conocer una Iglesia en la cual los fraudes son considerados como una obra de piedad, con tal que sean útiles á la santa religion, es decir, al sacerdocio: debia conocer una Iglesia que ha fabricado milagros falsos, leyendas falsas, reliquias falsas, falsas decretales, falsas donaciones: ¡y se atreve á hablar de impostura! ¡Los ladrones se quejan del robo, los bribones acusan de impostura á los que los descubren!

### III.

El cristianismo era atacado en el siglo XVIII por mil enemigos y bajo mil formas. En Francia principalmente llovian folletos, libelos, libros en fólio y de todas clases: ¿qué hizo la Iglesia galicana, la Iglesia recientemente ilustrada por Bossuet y Fenelon, para salvar la religion amenazada? Entre todos aquellos obispos, grandes señores, no habia ni uno que tuviera talla para luchar con Voltaire y Rousseau, ni siquiera con los escritores de un órden inferior. En 1770 la asamblea general del clero se reunió y deliberó acerca de los intereses de la religion. Procuró encontrar vengadores para la Iglesia, pero ¿dónde buscarlos? Miró en derredor de sí: el vacío era absoluto. En tan cruel apuro recurrió á un medio digno de su causa. Se trataba de defender la religion del pasado. Pues bien, hace diez y ocho siglos que los apologistas del cristianismo naciente combatieron á sus enemigos los filósofos. ¿Dónde encontrar armas más victoriosas que los escritos de Tertuliano, de Minucio Félix, de Orígenes, de Lactancio? Las objeciones que hacian en otro tiempo los paganos ¿no son renovadas hoy por los incrédulos? ¿Qué cosa mejor se puede hacer que acudir á aquellas fuentes preciosas? La asamblea del clero decretó que

se publicase una edicion nueva de los Apologistas de la religion: esperaba «que los escritos de aquellos autores ilustres suministrarían armas poderosas á los que supieran leerlos con fruto y reflexion» (1).

El medio imaginado para conveneer á los incrédulos caracteriza la profunda ignorancia del clero en el siglo XVIII. Su ceguedad era tal que no le dejaba ver el origen del mal que queria curar. Si la sociedad se separaba del cristianismo, consistia precisamente en que era una religion de otra edad, y en que para hombres que tenían sentimientos é ideas diferentes de las de los contemporáneos de Cristo, era necesaria una religion nueva. ¡Y para convertir á estos incrédulos se exhuma á los escritores que vivieron hace diez y siete ó diez y ocho siglos! Los libres pensadores no querian ya una religion que se funda en dogmas absurdos ó incomprendibles; ¡y para convencerlos de su error se resucita un Padre de la Iglesia que creía en los dogmas cristianos porque eran absurdos!

Bien hubiera querido la asamblea general del clero encontrar vivos que combatieran á los incrédulos en lugar de muertos. Tenian las instrucciones de los obispos; pero las pastorales no alcanzaban éxito. Los altos prelados, únicos que tenían asiento en la asamblea del clero, lo confesaron implícitamente diciendo que sería de desear que algunos hábiles teólogos se consagrasen á la refutacion de los libros impíos: «Nuestros deseos más ardientes, dicen, son que plumas hábiles y sábias se ocupen de estas materias, y cualquiera de nosotros tendria una satisfaccion si pudiera suscitar algun defensor útil, animarlo y aún dirigirlo en su trabajo.» ¿Por qué los obispos y los abades no ponian por sí mismos manos á la obra? ¿No habia abierto su boca el Espíritu Santo? ¿Por qué, pues, no confundian á los incrédulos con su ciencia divina? En lugar de esto apelaron al celo de los mercenarios; pusieron en juego el cebo de las pensiones, de los favores, para encontrar defensores de la religion y de la Iglesia (2). Hubo alguno que otro abad hambriento que se dejó tentar, pero el interes los inspiró muy mal: lo dice la asamblea del clero en 1775. Confesó que los apo-

(1) *Actas de las Asambleas generales del clero*, t. VIII, 2.<sup>a</sup> parte, p. 1820, 1721.

(2) *Idem*, *ibid.*, p. 1829, 1821.

ral: «La incredulidad, según él, es un sistema que debe tener tantos secuaces como el *vicio* mismo, del cual es la teoría» (1). Según esto, todos deberíamos ser más ó menos incrédulos, puesto que, según la doctrina cristiana, al nacer traemos ya el *vicio*. Si el dogma del pecado original calumnia á la naturaleza humana, Haller calumnia á los libres pensadores. ¿A quién hará creer que Voltaire, que Rousseau, rechazaban los dogmas cristianos, para entregarse con toda tranquilidad á sus *vicios*? Porque ésta era la idea de los ortodoxos. Escuchemos á un apologista reformado, que goza de cierta reputación, aún en el seno del catolicismo: «Los hombres son incrédulos, dice Abauzit, porque quieren serlo, y quieren serlo porque tal es el interés de sus pasiones» (2). Esto puede ser cierto para los libertinos de baja estofa; pero ¿quién dará á esos hombres el título de libres pensadores? Es seguro que esa especie de seres volverán al seno de la Iglesia ántes de morir y que edificarán á los fieles con su conversión. En cuanto á los libres pensadores que merecen este nombre, es preciso invertir la proposición de Abauzit y decir que son incrédulos, no porque no quieren creer, sino porque no pueden creer. Estos incrédulos no se harán ermitaños al llegar á viejos; morirán como han vivido, y no en el *vicio*.

El *vicio* no explica tampoco la incredulidad de los libertinos. ¿Acaso no había en el siglo pasado creyentes que apenas practicaban lo que creían? ¿Habrá que recordar ejemplos bien conocidos? ¿Luis XIV, aquel piadoso rey que tenía tres reinas? ¿Luis XV, aquel rey sumido en el desorden más crapuloso, á la vez que se dedicaba á los minuciosos ejercicios de la devoción católica? El *vicio* es de todos los tiempos: ¿por qué, pues, la incredulidad no es de todos los tiempos? ¿Por qué es un carácter particular del siglo XVIII? Bergier la emprende con la reforma: «Ella es, dice, la que ha inaugurado el reinado de la incredulidad, sometiendo la autoridad de la *Iglesia á la razón*: de aquí se pasa fatalmente á subordinar también la autoridad de la *religion á la razón*» (3). Hé

(1) *Discurso sobre la irreligion*, por el baron de HALLER, p. 3.

(2) ABAUZIT, *Tratado de la religion cristiana*, t. II, p. 340.

(3) BERGIER, *Diccionario*, Introduccion, § 11.

aquí otro tema favorito de los defensores del dogma: se lee en las *Cuestiones diversas sobre la incredulidad*: «El *deísmo* es una consecuencia tan natural del *socinianismo*, como éste lo ha sido del cisma de Lutero y de Calvino; y el *deísmo* conduce al ateísmo y al pirronismo» (1). Más de una vez hemos protestado contra esta imputación. Revela una singular ignorancia, ó una singular ceguera en los hombres que achacaban á los filósofos ignorancia de la religion. Si el protestantismo engendrara necesariamente el ateísmo y el escepticismo, la incredulidad debería dejarse sentir principalmente entre los reformados; pero precisamente, si queda hoy todavía alguna fe, hay que buscarla en los países reformados. Y en el siglo XVIII ¿estableció su trono la incredulidad en el seno de la reforma? ¿Era la Francia calvinista? ¿Voltaire era sociniano? Rousseau era ciudadano de Ginebra; pero ¿fué en este concepto como llegó á ser libre pensador? ¿Y cuál de los dos es más incrédulo, Voltaire, católico de nacimiento y educado por los jesuitas, ó Rousseau, nacido en Ginebra? Si Rousseau conservó su sentimiento cristiano, ¿no debemos atribuirlo al cristianismo reformado?

Bergier descubre la verdadera causa de la incredulidad que reinaba en Francia en el siglo pasado, cuando dice que no es la primera vez que se ha presentado en el mundo esta enfermedad epidémica. Cita los Griegos y los Romanos. El hecho es exacto. Pero ¿cuándo se hicieron incrédulos los gentiles, y por qué? En la decadencia de las antiguas religiones. ¿Cuándo empezaron á abandonar la fe de sus padres? El primer filósofo fué también el primer incrédulo. ¿Y por qué? Porque la religion pagana era inconciliable con la razón. ¿No será también este el origen de la incredulidad cristiana? Voltaire y Rousseau lo dicen constantemente. ¿Dónde hallar un remedio contra esta incredulidad? No hay más que uno; la transformación del cristianismo tradicional. Y debe transformarse de manera que satisfaga á la razón; lo cual quiere decir que la religion debe sufrir una revolución análoga á la que tuvo lugar en el siglo XVI.

No hay necesidad de decir que los defensores de la Iglesia no

(1) *Cuestiones diversas sobre la incredulidad*, París, 1753, p. 202.

logistas de la religion son pocos, y que con frecuencia, por la poca solidez de sus escritos, perjudican á la causa que defienden. Se propuso crear escuelas que pudieran formar oradores para el púlpito, y escritores para la polémica (1). Esta es otra proposicion que demuestra la decadencia de todas las instituciones eclesiásticas. No faltaban escuelas: ¿no tenian los seminarios? ¿no tenian la Sorbona? ¿no tenian las congregaciones religiosas, várias de las cuales estaban dedicadas á la predicacion ó á la ciencia? Pero, si bien habia escuelas, no habia maestros.

Solamente un hombre se atrevió á luchar con los libres pensadores, el abad Bergier. Su nombre es hoy apenas conocido, al paso que los de aquellos cuya autoridad queria destruir llenan el mundo con su gloria. Era un honrado sacerdote, y es digna de elogio su buena voluntad; pero su audacia en medirse con Rousseau y Voltaire, no demuestra mucha inteligencia. No se daba cuenta siquiera de la incredulidad que invadia los ánimos. Segun él, la incredulidad era hija de la ignorancia: «En un siglo, dice, que se cree muy instruido, la religion no es conocida» (2). El abad se puso, por consiguiente, á escribir voluminosas obras para enseñar la religion á los filósofos. ¡Singular ilusion de los hombres del pasado! Nadie leyó los interminables libros de Bergier: si Voltaire les dirigió una mirada, fué para burlarse de su autor. Indudablemente los filósofos no eran doctores por la Sorbona, ni sabios en *us*. Pero ¿la religion es cuestion de ciencia? ¿Propagaron los apóstoles el Evangelio enseñando teología? Los que creyeron á Cristo ¿buscaron su fe en los libros? ¿Habíanse hecho incrédulos los libres pensadores por no saber el catecismo? Admitamos que así sea; esto no probará nada en favor de la Iglesia. Voltaire fué educado por los jesuitas; si el discípulo no era fuerte en teología, es porque sus maestros no le habian enseñado más. Hablemos en serio. La Iglesia era árbitra hacía diez y ocho siglos de dirigir la educacion de la humanidad, y despues de esta educacion secular, el espíritu humano se le escapa de las manos: en vano se procura enseñarle la ciencia de la religion, no quiere

(1) *Actas. ibid.*, p. 2536.

(2) BERGIER, *Diccionario de Teología*, Introduccion, § 7.

ni escuchar á sus preceptores! ¿No es esto una señal de los tiempos?

Los partidarios de lo pasado no entienden las señales de los tiempos; no son de su siglo, viven en una edad que no es ya la de sus contemporáneos: ¿cómo han de tener influencia sobre los hombres? Se entienden como si hablasen lenguas diferentes. ¡Malas pasiones! exclama Bergier. La filosofía incrédula es hija del lujo y de la corrupcion (1). Hacia un siglo que venía resonando en los pulpitos tan vulgar acusacion. Bossuet se admiraba de que, habiendo fundado Dios la fe en una autoridad tan firme y tan manifiesta, haya todavía ciegos é incrédulos en el mundo. «Nuestras pasiones desordenadas, dice, la vida del sentido, y nuestro orgullo indomable, son la causa. Preferimos arriesgarlo todo á violentarnos; preferimos vivir sumidos en la ignorancia á confesarla; preferimos satisfacer una vana curiosidad y fomentar en nuestro espíritu indócil la libertad de pensar todo lo que nos acomode, que someternos al yugo de la autoridad divina. De aquí resulta que hay tantos incrédulos, y Dios lo permite así para instruccion de sus hijos» (2). Palabras magníficas, pero como sucede con frecuencia en Bossuet, la pompa del lenguaje oculta lo vacío del pensamiento. ¿Se concibe que un hombre que conserve sus cinco sentidos se niegue á reconocer la autoridad de Dios? Si existiera semejante incredulidad sería una locura, y habria que encerrar á los incrédulos en las casas de locos. Pero ¿quién nos dice que se trata de la autoridad divina? La Iglesia. Y la Iglesia ¿no está interesada en decirlo? Los incrédulos se resisten á la Iglesia, nada más cierto; pero no piensan seguramente en ponerse en oposicion con Dios. Si se resisten á la Iglesia, es, por el contrario, por defender la verdadera causa de Dios, esa libertad de pensar que Bossuet rechaza como un libertinaje del espíritu.

La acusacion lanzada por Bossuet contra los incrédulos de su tiempo fué repetida hasta la saciedad en el siglo XVIII. El baron de Haller escribe un discurso *ex profeso* sobre la irreligion. No se admira ya del número de los incrédulos, nada le parece más natu-

(1) BERGIER, *Diccionario*, Introduccion, § 15.

(2) BOSSUET, *Discurso sobre la Historia universal*.

quieren de ninguna manera una reforma religiosa. Bergier no admite medio entre el catolicismo y la incredulidad absoluta: ó católico, dice, ó enteramente incrédulo (1). Cuando se leen estas imprudentes apologías, dan ganas de exclamar con el poeta: ¡A los que Dios quiere perder, primeramente los ciega! Quieren volver á traer á los hombres á la religion cristiana, y se diria que hacen todo lo posible por alejarlos. Lo quieren todo y lo pierden todo. ¿Por qué no escuchan la voz de los adversarios del cristianismo? Voltaire y Rousseau les decian en todos los tonos que el dogma católico inclina á la incredulidad; algo debian saber ellos. Y para curar á los incrédulos, para contener la desercion, ¿no encuentran los defensores de lo pasado nada mejor que exigir, á los que ya no pueden creer, que crean? Esto es llevar la ceguedad hasta la estupidez.

Los incrédulos abandonaban el cristianismo católico, porque la religion es para la Iglesia un instrumento de dominacion. Aun aquellos que se mantuvieron fieles á la religion de sus padres, alimentaban una antipatía instintiva, pero profunda, contra el yugo clerical. ¿Qué les dice Bergier para mejorar sus sentimientos? Rousseau escribia al arzobispo de París que era cristiano. «No, le responde Bergier, porque no sois discípulo de sacerdotes, y el que no lo es de los sacerdotes, no es discípulo de Jesucristo» (2). La sociedad clama por medio de todos sus órganos: no queremos ya la dominacion del sacerdocio. Y los defensores de la religion dicen á los incrédulos, ó á los que están á punto de serlo: doblad las rodillas ante el sacerdote, si no, no sois cristianos. ¿No es esto una locura? Si aquellos imprudentes campeones de la Iglesia hubieran querido separar del cristianismo á los que se negaban á ver en un clero ignorante el órgano de Dios, ¿hubieran podido hacer otra cosa?

El espíritu de libertad agitaba al siglo XVIII, y principalmente la libertad de pensar. Si los filósofos se negaban á creer en los misterios del cristianismo, en los milagros y en lo sobrenatural, es porque no podian ya decir con Tertuliano que creian en los dog-

(1) BERGIER, *Diccionario*, Introduccion, § 13.

(2) BERGIER, *El deismo refutado*, t. II, p. 71.

mas cristianos porque eran absurdos. Os equivocais, les dice el autor de las *Cuestiones diversas sobre la incredulidad*. Le dejamos la palabra para que no se crea que nos burlamos de los defensores de la religion: «¡Cuán agradable es á Dios, exclama, el sacrificio que le hace el hombre de su razon! ¿Qué otro testimonio mejor puede dar de reconocer su soberana infalibilidad?.. ¡Vaya un mérito, creer lo que está claro! Cuando cree verdades oscuras, cuya conformidad con otras verdades evidentes no puede explicarse, entónces es verdaderamente meritoria su fe.» No da uno crédito á sus ojos; sospecha que se ha introducido furtivamente en la sacristía algun enemigo de la religion. ¿Calumniamos á la religion? Los que tal creen, tengan la paciencia de escuchar hasta el fin.

Los filósofos defendian la independencia de su razon, como el dón más hermoso de Dios: pensar libremente era á sus ojos un derecho y á la vez un deber. Los ortodoxos no opinaban así. La abdicacion de la razon «ennoblece y perfecciona la razon.» ¿De qué manera? «Lo que Dios nos enseña de su esencia en los misterios, es superior á todo lo que hubiéramos podido descubrir por los esfuerzos de nuestra razon» (1). Y ¿qué nos enseña? Cosas incomprendibles y que se oponen al buen sentido: que es uno y tres, que es Hombre y Dios en una misma persona, que es creador y criatura, que se halla en un pedazo de pan y en el vino, que se le puede comer y beber! Créase todo esto y la razon quedará *ennoblecida y perfeccionada*. Llegamos á la conclusion. Los filósofos se preciaban de ser caracteres fuertes. ¡Imbéciles! «El pensar libremente no es una prueba de carácter fuerte, es más bien una presuncion de debilidad de espíritu.» ¿La prueba? es deliciosa: «Porque es más razonable admitir la autoridad que rebelarse contra ella y despreciarla.» Por *autoridad* entiende el autor la de Dios y de la *Iglesia su intérprete*: «esta autoridad es *soberana, infalible, sagrada*» (2). Falta probar que la Iglesia es el intérprete de Dios. Los incrédulos están esperando esta prueba hace diez y ocho siglos: sin duda su espíritu es débil y corto. ¡Viva la fuerza del espíritu católico! Consiste en embrutecer. Pascal, el grande hombre, per-

(1) *Cuestiones diversas sobre la incredulidad*, p. 174-175.

(2) *Ibid.*, p. 125-137.

dió allí la vida: para la mayor parte, la cosa es muy sencilla y muy fácil. ¡Vamos á ver un ejemplar curioso!

## IV.

Por una ironía de la suerte hubo en el siglo pasado un ministro de la Iglesia que se creyó llamado á echar por tierra los errores de Rousseau. En su modestia, conservó el anónimo, pero importa poco: es un tipo del cual habia y aun hay más de un ejemplar. Es hijo de un país que era considerado como la Beocia de la Europa, y que debia esta reputacion á la dominacion secular de un catolicismo tan ortodoxo como desprovisto de inteligencia. En 1765 apareció en Courtrai una *Demostracion de la fe católica, ó Refutacion de la escéptica profesion de fe del vicario saboyano, por un cura flamenco*. ¡El bueno del cura no habia leído los *Viajes de Gulliver*, lo cual fué una ventaja para la posteridad! La historia de los *Liliputienses* hubiera podido abrirle los ojos acerca de su infinita pequeñez y de la grandeza colosal del gigante á quien iba á combatir; hubiéramos perdido una obra maestra de necedad clerical. Decimos que el catolicismo embrutece las inteligencias. Juzgue el lector por el ungido del Señor que va á conocer.

Cuando el cura tomó la pluma ó la lanza, Rousseau se hallaba perseguido en todas partes, en París, en Ginebra; obligado á huir, andaba errante de un asilo á otro. El cura flamenco predicaba muy buenos sermones sobre la caridad; sin duda, á pesar de combatir los errores del filósofo, tendrá alguna piedad del hombre, tendrá compasion del pobre fugitivo, que no tenia una piedra donde reclinar su cabeza. El cura sacude fuerte al *ex-ciudadano*, como suele llamarle. Le dejamos la palabra conservando su estilo: es chabacano, y es la expresion perfecta del hombre: «La pluma de Juan Jacobo, demasiado dócil para servir á su dueño (no podemos decir otro tanto de la del cura) le ha conducido á un precipicio, en el que ha dado una caída terrible. A pesar de esta terrible caída en el precipicio, Rousseau ha conservado la agilidad de sus piernas, y estas piernas le han puesto en salvo de los golpes formida-

bles del parlamento» (1). El sentimiento y el lenguaje están en perfecta armonía. Se dice que los filósofos han robado al cristianismo la caridad, y que para disfrazar su latrocinio, la han llamado *humanidad*: si ha habido robo, no ha sido ciertamente á las gentes de Iglesia: charlatanes de caridad, su corazón no ha palpitado nunca por los sufrimientos de sus semejantes: la caridad clerical se parece tanto al ódio, que es imposible distinguirlos.

Es verdad que se trata de un filósofo, y los filósofos son para un ortodoxo los peores de los herejes. ¿Cuáles son los crímenes de Rousseau? «Ha venido, dice el cura, á corromper las costumbres y la religion de una nacion católica.» Es, como se ve, el Rousseau de Beranger. Antes de Rousseau las *costumbres* tenian en Francia una pureza patriarcal, testigos el Regente y el cardenal Dubois: la *fe* se hallaba en todo su esplendor; testigos, los primeros preceptores de Voltaire, los abates que enseñaban á su discípulo la incredulidad al enseñarle á leer. Continúa el cura: «Ha turbado el reposo del público, ha atacado á las constituciones de los Estados, para sustituirlas con la anarquía.» Esto es difícil de comprender: no vemos cómo el *Emilio* ha podido producir todos estos desastres: tal vez el cura flamenco presentia que el filósofo de Ginebra sembraba gérmenes de revolucion. Después de haber cometido todos estos crímenes, prosigue el teólogo belga, Rousseau pide un *salario*. Nadie adivinaria en qué consiste ese salario: *que le dejen morir en paz*. ¡Qué exigencia y qué atrevimiento! El cura hace saber al *ex-ciudadano* «que no se perdona á los que tienen un carácter tan tenaz como el suyo.» Recuérdese que la obstinacion en el error es propia de los herejes. Por este concepto Juan Jacobo merecia la hoguera. Rousseau pretendia, es verdad, que si su libro era malo, debian atacar al libro, refutarlo y dejar en paz al autor. El maligno cura imaginó que esto queria decir que se debia *castigar al escrito y perdonar al autor*. Con este motivo exclama: «¡Vaya una jurisprudencia nueva! Se castigará al robo y se dejará escapar al ladrón» (2). Y todos los curas flamencos aplaudieron este rasgo de ingenio de su chistoso colega.

(1) *Demostracion de la fe*, t. I, p. 1.

(2) *Idem*, p. 3 y sig.